

---

**SERMON VIGÉSIMO.**

---

De la razon católica y de la razon humana en sus relaciones.

MONSEÑOR :

*Señores :*

PASAMOS, el domingo último, de la cuestion de la certidumbre católica á la cuestion del conocimiento católico; y comparando en conjunto el conocimiento humano con el conocimiento católico, demostramos que el conocimiento humano carecia de extension, de profundidad y de claridad : de extension, porque no ve mas que un corto número de seres; de profundidad, porque no penetra mas que en la superficie de las causas, de las leyes y de las sustancias de donde se derivan los fenómenos; de claridad, porque al lado mismo de las cosas que conoce, se halla siempre asentado entre abismos que no puede sondear; mientras que el conocimiento católico es claro, porque Dios ha decidido todas las cuestiones que embarazan al espíritu humano, y las ha decidido por su palabra soberana é infalible; es extenso, porque Dios nos ha abierto el mundo de parte á parte, nos ha mostrado el polo oriental y el polo occidental, y medido el diámetro; es profundo, porque nos ha hecho conocer las causas primeras, las leyes primeras, la sustancia primera.

Y ahora, es evidente que existen en la humanidad dos razones: la razon humana, y la razon católica. Siendo la razon un conjunto de verdades que ilustran el entendimiento, se identifican con el hombre y llegan á ser el principio de sus actos, existe un conjunto de verdades humanas y un conjunto de verdades católicas, y ambos se identifican con el hombre, ilustran y perfeccionan su entendimiento, y son el principio de sus actos; por consiguiente existe una razon humana y una razon católica, un doble foco de actividad y de vida, tan diferente uno de otro, que un acto cuerdo bajo el punto de vista de la razon católica, puede ser insensato bajo el punto de vista de la razon humana, y vice versa. De aquí surgen muchas cuestiones, que se reducen á una sola: ¿Qué relacion existe entre la razon humana y la razon católica? ¿Qué son estos dos faros encendidos en medio de la humanidad? ¿Están en contradiccion ó en armonia? ¿Están separados ó unidos? ¿Se corresponden ó no se corresponden? ¿Se hallan á la entrada del puerto de la humanidad como dos antorchas paralelas que se ayudan entre sí, ó bien se hallan perdidos en el espacio que los separa y no les permite ni aun siquiera verse? ¿Hay igualdad entre estas dos razones ó jerarquias? ¿Hay paz ó guerra? y si hay guerra, ¿cuál es la táctica general?

Toda razon, ya sea humana, ya sea católica, se compone de primeros principios y de consecuencias. Los principios son verdades ciertas indemostrables, y que sirven para demostrar lo restante. Son verdades ciertas, porque si no fueran verdades ciertas no serian principios; son indemostrables, porque si se pudieran demostrar no serian principios primeros; sirven para demostrar todo lo restante, porque si nada produjeran, si no demostraran nada, no serian principios. Asi la verdad es

para nosotros como un gérmen que se halla sembrado en nuestro entendimiento, y que allí crece, se desarrolla, y produce flores y frutos. En Dios, como dice Pascal, la luz es un círculo cuya circunferencia no se halla en ninguna parte, y cuyo centro se halla en todas; pero en cuanto á nosotros, nos hacia falta un punto de apoyo, necesitábamos algo de fatal que nos sirviese de principio, de punto de partida, de principio luminoso.

Por ejemplo, el ente existe: hé aquí un primer principio de la razon humana. Una cosa no puede existir y no existir á la vez bajo el mismo aspecto; hé aquí otro principio de la razon humana. Dios es uno en tres personas: hé aquí un primer principio de la razon católica. Asi como el primer principio de la razon humana es verdadero y no se demuestra, este otro primer principio: Dios es uno en tres personas, es verdadero y no se demuestra. El uno comienza, y el otro comienza tambien; con la diferencia que la certidumbre de los principios de la razon humana, y la certidumbre de los principios de la razon católica, no son de la misma naturaleza.

Ahora bien, estos primeros principios de la razon humana y de la razon católica ¿están en contradiccion ó en armonia? No pueden estar en contradiccion; porque ¿qué son en suma? Verdades. La verdad es lo que existe: lo que existe no puede contradecir á lo que existe. Además, la verdad considerada en su origen es Dios mismo, y aunque su luz, una é inmutable, se comunica á nosotros por dos conductos, al separarse no puede perder su unidad, pues de otro modo Dios mismo no seria uno. Hay, pues, armonia entre la razon humana y la razon católica; y cuando nos pedis que nuestros principios católicos no contradigan vuestros principios humanos, teneis razon, estais en vuestro derecho, y nosotros estamos en el

nuestro, demostrándoos, como lo haremos, que realmente no se contradicen.

Pero de que la razon humana y la razon católica no estén en contradiccion, ¿se deduce necesariamente que estén en comunion, que se penetren, y se pres-ten mutuo auxilio? Sí, necesariamente. Entre la razon humana y la razon católica existe una triple comunion; comunion de inteligibilidad, de analogia, y de confirmacion reciproca.

Comunion de inteligibilidad; porque si la razon humana no entendiera á la razon católica, y la razon católica no entendiera á la razon humana, no solamente habria en el espíritu humano dos especies de verdades procedentes de dos manantiales distintos, sino que habria dos entendimientos en el hombre, y dos entendimientos totalmente extraños uno á otro; lo cual no se concibe en un sér único. El entendimiento humano es uno, aunque iluminado por dos luces que forman en él una doble razon. Y de hecho, cuando la palabra divina me dice: Dios es uno en tres personas; ¿no veis que si yo no tuviera anteriormente las ideas de Dios, de unidad, de triplicidad, de personalidad, ni aun siquiera entenderia la palabra de Dios? Y puesto que la entiendo, es evidente que todas las palabras de esta proposicion: Dios es uno en tres personas, pertenecen á un origen comun de inteligibilidad, el mismo para la razon humana que para la razon católica; ó mas claro, que la razon humana da á la razon católica el sentido de cada una de esas palabras aisladas, mientras que la razon católica da á la razon humana el lazo que las une, formando una proposicion nueva, de modo que la razon humana y la razon católica, unidas y fundidas en conjunto, se hallan enteras una y otra en esta enunciacion: Dios es uno en tres personas.

Comunion de analogia; porque, yo os pregunto,

¿qué nos ha revelado la naturaleza? ¿De quién es ella espejo, de quién nos representa la existencia y los atributos? De Dios; S. Pablo es quien nos lo enseña: *Las cosas invisibles de Dios han sido hechas inteligibles por la creacion* (1). ¿Y qué es lo que tambien se nos ha revelado por la palabra de Dios? Dios mismo, de una manera sin duda mas íntima, mas completa, pero siempre Dios. Ahora bien, manifestándonos una misma cosa esta representacion primera de Dios, y esta representacion segunda de Dios, es imposible que no exista entre ellas analogia, es decir, que yo no encuentre en la naturaleza una sombra de lo que encuentro en la palabra de Dios, y que yo no encuentre en la palabra de Dios una luz que resalte sobre la misma naturaleza; de modo que son dos focos de luz, que se comunican mutuamente sus rayos para producir esa luz total y magnífica que llamamos teología.

En fin, comunion de confirmacion reciproca entre la razon humana y la razon católica; porque, Señores, dónde está nuestra prueba de que Dios ha hablado á los hombres, sino en nosotros mismos, en la naturaleza y en sus obras visibles? ¿Dónde nos inspiramos nosotros para confundiros, sino en vosotros mismos, en vuestra razon propia? ¿A qué tribunal os citamos, cuando os acusamos de desconocer la verdad? ¿No os tomamos por jueces á vosotros mismos? Yo no tengo guardia pretoriana para imponeros la verdad por la fuerza; preciso es que os persuada. ¿Y cómo he de persuadiros si no me dirijo á algo que se halle en vosotros, que conspire contra vosotros mismos, si mis medios de ataque no están en vuestro entendimiento, si mis pretorianos no están en vuestra propia alma y no se vuelven contra vosotros?

(1) Epist. á los Romanos, cap. 1, vers. 20.

¿Qué hago? ¿Qué debo hacer? ¿Qué he hecho? A imitacion de Temistocles, he venido á sentarme en vuestro hogar mas intimo, á mezclarme en vuestras impresiones, en vuestras esperanzas, en vuestro amor, en vuestros odios, en vuestros deseos, en todo lo que sois, y por consiguiente en vuestra razon humana, que es el pedestal necesario donde erigiré en seguida esta estatua de la verdad, á que llamo yo la razon católica. Nosotros no nos ocultamos, ni tenemos interés alguno en hacerlo. ¿Por ventura Aquiles, inmóvil sobre un pedazo de mármol, tiene interés en romperlo? ¿La razon! nosotros somos sus primeros é inmortales defensores. Yo en este mismo instante protejo vuestra razon contra ella misma, y trazándole limites, os impido oscurecerla y mancillarla. ¡Ah! no solo ha sido confiada á la Iglesia la razon católica, sino tambien la razon humana, y donde quiera que la razon católica desfallece, la razon humana tambien se debilita. Asi, no triunfeis demasiado pronto de las confesiones que os hago; no creais que nada os damos en cambio del apoyo que nos prestais. Si vuestra razon humana confirma mi razon católica, tambien vuestra razon necesita ser confirmada por la mia. Porque ¿cuál es vuestra llaga, esa llaga de la razon humana que os corroe, ese suspiro de vuestra alma que escucho apenas se acerca á mi oido?..... ¡Ah! vosotros sabeis el nombre, es el suspiro y la pesadumbre de todos, es la duda.

Os conjuro á todos á que me digais por qué venís á este sitio: ¿qué pasa aqui que os conmueve y os obliga á venir á escucharme? ¡Ay de mí! en vuestro orgullo, que es desmesurado, aunque legitimo por muchos titulos, en ese orgullo sin fondo ni riberas nada el escepticismo como un bajel sin piloto en la inmensidad del Océano. ¡Cuán grande y magnifica es vuestra nave! Tiene tres puentes, está armada con

cincelados y poderosos cañones, habeis inventado la pólvora para hacer sentir á lo lejos su efecto y atraeros todas las riberas; pero ¡infortunados! solo el silencio os responde; el faro de vuestra razon no se os aparece nunca, y la tierra huye de vosotros como hujía de Colon. ¿Y porqué? Ya os lo dije el otro dia; porque no teneis extension en vuestra razon para medir el abismo de la vida, ni profundidad para sondearlo, ni claridad suficiente para iluminarlo. ¿Qué quereis encontrar mas que la duda? Pues bien, esa duda os la quitamos nosotros. La razon católica se apodera de vuestra razon trémula, la tranquiliza, la afirma, le abre el horizonte, se coloca delante de ella como una pirámide vuelta hacia el Oriente; y vosotros, árabes de la verdad, que vais por vuestro camino, vencidos por el solo aspecto de aquella masa, aun luchais á pesar de todo, y ensayais contra la inmutabilidad el poder del movimiento; la pirámide os contempla, permanece muda, y su silencio es todavía mas poderoso que seis mil años de vuestra palabra.

Entre nosotros pues, Señores, el apoyo es mutuo; nosotros nos apoyamos sobre vosotros para confirmar nuestra razon, y mientras que vosotros no os apoyais en nosotros para confirmar la vuestra, no teneis camino para salir de la duda.

Pero á pesar de esas relaciones de inteligibilidad, de analogia, de confirmacion reciproca, no olvidemos que las dos razones continúan siendo realmente distintas, pues de todos los principios humanos nunca deduciréis este primer principio católico: Dios es uno en tres personas. Ahora bien, donde falta la filiacion entra necesariamente la distincion. No siendo la razon católica una consecuencia de la razon humana, pertenece á un órden distinto; posee verdaderos principios, empieza en si misma, ó mas bien empieza en

Dios, sin ningun intermediario entre él y ella; y por consiguiente la relacion de comunión no destruye la relacion de distinción entre la razon humana y la razon católica.

Aquí supongo que os asalta una duda, y que me interrumpís preguntando: Puesto que la comunión es necesaria entre las dos razones, ¿porqué son dos? ¿De qué sirve la dualidad allí donde se quiere tener la unidad? ¿Qué extravagancia que Dios, queriendo iluminarnos, no haya encendido un solo fanal en vez de encender dos, y que haya querido que esta luz total fuese resultado de una luz doble! ¿Y porqué? Podría deciros sencillamente que no sé absolutamente nada: podría recordaros que sois cuerpo y alma, y de consiguiente unidad; que Dios ha constituido vuestra propia esencia en medio de una dualidad perfectamente distinta, que conduce á una unidad real de la persona humana; que la humanidad se compone de dos sociedades, la sociedad temporal y la sociedad espiritual; y que así como el cuerpo y el alma conducen á la unidad de vuestra persona, la sociedad espiritual y la sociedad temporal á la unidad del género humano, así no es sorprendente que haya también en vosotros dos razones, una razon humana y una razon divina, perfectamente unidas, aunque diversas en un todo; y si aspirais á averiguar la causa, os la diré en cuanto es posible conocerla. Consiste en que sois el límite de dos mundos, el punto de unión de la naturaleza baja con la naturaleza alta, del mundo de los cuerpos y del mundo de los espíritus; de donde resulta necesariamente en vosotros el juego singular de una doble vida, materia y alma en conjunto, sociedad temporal y sociedad espiritual, luz natural y luz sobrenatural. Esta es, Señores, la dificultad de nuestra posición, como también es su dignidad, y esta dificultad es grande: toda

la historia humana, toda la historia del entendimiento, toda la historia de la sociedad toma sus giros y revueltas en esa inmensa dificultad de la dualidad en la unidad, y de la unidad en la dualidad. Nosotros tentaremos mil vías para salir de aquí, para separar el alma del cuerpo, ó el cuerpo del alma; la sociedad temporal de la sociedad espiritual, ó la sociedad espiritual de la sociedad temporal; la luz natural de la luz sobrenatural, ó la luz sobrenatural de la luz natural: la esencia de las cosas se resistirá siempre á estos esfuerzos desesperados. El primer principio de la sabiduría es aceptar lo que existe: lo que existe es la dualidad en la unidad; y el deber de los verdaderos filósofos y de los verdaderos hombres de Estado es respetar y constituir la dualidad, respetando y constituyendo la unidad al propio tiempo. Atacar la unidad es destruirlo todo; atacar la dualidad es oprimirlo todo. Siempre protestará el género humano contra este doble ataque, porque no puede querer la opresión ni la anarquía: la verdad está en medio.

Ahora, Señores, que hemos corroborado la relacion de armonía y de comunión entre la razon humana y la razon católica, busquemos si existe entre ellas una relacion de subordinación. Ya hemos dicho que de la razon humana no se deduce la razon católica, ni vice versa. No hay, pues, que buscar entre ellas una relacion de filiación, ni por consiguiente la subordinación que de esta relacion nace.

¿Están ligadas, al menos, por una subordinación de antigüedad? ¿Precede la razon humana á la razon católica, ó precede la razon católica á la razon humana? Ni lo uno ni lo otro. Cualesquiera que sean los sistemas sobre el origen de los primeros principios humanos, \*sistemas que no investigo ahora, existe siempre sobre este punto un hecho irrefragable, y es que la razon humana no ha descendido á aquel á

quien no se ha hablado : es que el sordo-mudo, nacido en medio de vuestras ciudades, de vuestros espectáculos y del espectáculo del cielo, no posee verdades generales ni principios metafísicos hasta el día en que la palabra humana viene á comunicárselos. Y como la palabra humana en el momento en que vibra en el oído del hombre, le habla á la vez el lenguaje humano y el lenguaje divino, el nacimiento de la razon humana y de la razon divina se confunden. Les da sér la misma cuna, y la misma palabra los llama; palabra á la vez terrenal y celeste, humana y sobrehumana, y que encierra indisolublemente unido todo el poder que hay en la una y en la otra razon. Por eso la primera palabra ha sido dada por Dios á la madre, que nunca ha blasfemado de Dios. Si se hubiera confiado nuestra cuna á los hombres, acaso en la animosidad de sus pasiones hubieran podido robarnos á Dios y esforzarse en oscurecer nuestra razon divina; pero nuestra cuna ha sido puesta bajo la custodia de nuestras madres, y hasta ahora, aun en los cultos falsos, los niños han aprendido á nombrar á Dios al mismo tiempo que al hombre; han aprendido á nombrar al padre que está en los cielos al mismo tiempo que al padre que está sobre la tierra. Yo os doy gracias, madres cristianas, en nombre de vuestros hijos que se hallan aquí presentes, y en nombre de la humanidad entera.

Bajo el aspecto de la antigüedad no está, pues, subordinada la razon humana á la razon católica, ni la razon católica á la razon humana; son dos hermanas nacidas en el mismo día. Sin embargo, Señores, por lo mismo que la razon católica lleva al hombre mas lejos en extension, en profundidad y en claridad, por lo mismo que aumenta el capital intelectual del género humano, es evidente que lleva mucha ventaja á la razon humana. La razon católica abarca la razon

humana, mientras que la razon humana no abarca la razon católica; la razon católica es la razon humana, con mas alguna cosa, y como lo mas lleva ventaja á lo menos, como la adición supera á la sustracción, hasta en virtud de las leyes de la aritmética, es claro que la razon humana está subordinada á la razon católica.

Relacion de armonía, de comunión en la distinción, de subordinación jerárquica, ved aquí, Señores, todas las relaciones que unen la razon humana con la razon católica. Y sin embargo, existe la guerra entre estos dos poderes, una triple guerra; guerra social, guerra científica, guerra racional.

Guerra social: es decir que la razon humana por medio de la violencia, de la astucia y de la falsa legalidad se esfuerza en proscribir la razon católica y en poner trabas á su desarrollo.

Guerra científica: es decir, que los sabios, que deberian mostrarnos en todo la idea divina, nos la ocultan de continuo, y prefieren mentir á la misma verdad científica antes que prestar algun apoyo en el espíritu humano á la verdad divina.

No debo ocuparme de estas dos especies de guerra; voy á hablaros solo de la guerra racional, porque es relativa á las relaciones de la razon humana y de la razon católica, relaciones que estudiamos ahora. Esta guerra es la mas universal de las tres, porque hay pocos sabios y pocos hombres públicos, mientras que todo hombre posee los elementos de la razon; y por consiguiente la guerra racional de la razon humana contra la razon católica es la guerra de todos contra todos. Nosotros decimos: Existe una relacion de armonía ó de no contradicción entre la razon humana y la razon católica; á eso se nos responde que hay contradicción. Nosotros decimos: No hay separación, sino comunión entre la razon humana y la

razon católica; á eso se nos responde que hay separacion. Nosotros decimos: Hay subordinacion jerárquica entre estos dos poderes, y la razon católica ocupa el primer puesto; á eso se nos responde que la razon católica es la que está subordinada á la razon humana. Ved aqui toda la guerra.

Se dice que existe contradiccion entre la razon humana y la razon católica: ¿y cómo? Porque, segun nuestra propia confesion, son nuestros dogmas incomprendibles. Es verdad, nosotros lo concedemos, y no solo lo concedemos, sino que queremos que sea así. Ahora bien, ¿es contradictorio á la razon humana admitir dogmas incomprendibles? Yo sostengo lo contrario. ¿Qué es comprender? Es conocer una cosa con tal grado de perfeccion, que no se pueda suscitar una cuestion sobre ella. Desde el momento en que decis: ¿porqué? es prueba de que no habeis comprendido. Vosotros podeis conocer; yo no digo que no conozeais; pero no comprendeis, puesto que haceis una pregunta. Si comprendierais, no tendriais que hacer pregunta alguna. Ahora bien, yo os pregunto: ¿cual es el libro, cual el sistema, cual la idea, cual la verdad respecto de las cuales no haya que preguntar: ¿porqué? Ved aqui un grano de trigo: la ciencia ha analizado este grano de trigo; sabe todo lo que contiene, y sin embargo yo diria de este grano de trigo lo que decia La-Bruyere á propósito de una gota de agua: ¡Oh principes de este mundo, vosotros teneis ejércitos y arsenales, millares de hombres obedecen á un soplo de vuestros labios; nosotros, hombres sencillos, surcamos trabajosamente la tierra, y tenemos necesidad de agua para hacer fructificar nuestros sudores! ¡Oh principes, potentados, majestades, haced una gota de agua! Y yo digo: Nosotros hombres sencillos, que surcamos trabajosamente la tierra, y que tenemos en contra nuestra el granizo, el sol,

la lluvia, los vientos, necesitamos de trigo. ¡Oh principes de la ciencia, potentados de la análisis, majestades de las academias, haced un grano de trigo! No podeis: ¿y porqué? Vosotros habeis descompuesto ese grano de trigo, sabeis todo lo que contiene, si, todo, excepto lo que constituye un germen, excepto la fuerza, porque no se ve una fuerza sino por sus efectos, á excepcion de la fuerza que forma el germen.

Una cosa digna de atencion es la sencillez de la lógica humana, que establece como una regla fundamental del arte de raciocinar, que el progreso indefinido no es admisible, es decir, que no se puede preguntar siempre: ¿porqué? Y sin duda tiene razon; pues aun cuando sea un deseo invencible del espíritu humano conocer y avanzar siempre en el conocimiento, llega un punto en que es insensato repetir de nuevo: ¿porqué? un punto en que esa lógica nos detiene, y en que estamos obligados á exclamar como aquellos viajeros llegados á las extremidades del mundo: *Sistimus hic tandem nobis ubi defuit orbis*. Comprended, pues, que no es contradictorio á la razon humana admitir cosas incomprendibles, y que por el contrario nada admite que no sea incomprendible.

Aun se va mas lejos, y se dice: La razon católica admite mas que lo incomprendible, pues admite lo ininteligible. ¿Qué se pretende con esto? ¿acaso que no se entienden las proposiciones que constituyen los primeros principios de la razon católica? Pero es imposible que haya nada ininteligible para el hombre cuando se designa una cosa. Cuando yo digo: Dios es uno en tres personas; esta proposicion, verdadera ó falsa, es inteligible á mi oido interior. Cuando digo: Dios es cruel; emito una proposicion falsa, pero no ininteligible; y tanto no es ininteligible, que yo la rechazaria por una razon muy sencilla: yo opondria

la idea de crueldad á la idea de Dios, y demostraria que estas dos ideas se excluyen mutuamente. Ahora bien, todo está designado en la religion católica, luego todo es inteligible.

Fuerza es que nuestros adversarios abandonen estas dos posiciones de la incomprendibilidad y de la inteligibilidad, y que tomando nuestros dogmas separadamente, prueben de cada uno en particular que es contradictorio á la razon humana. Asi lo hacen; pero ¿salen airosos? De seguro, si hay un dogma atacable al parecer bajo este aspecto, es el dogma de la Santísima Trinidad, de Dios trino y uno; porque ¿cómo se hallan reunidas la unidad y la triplicidad en un solo sér para componer su esencia? Detengámonos un poco. Extiendo mi mano en el espacio: ¿qué es el espacio? El espacio es una unidad de extension constituida por tres dimensiones realmente distintas entre sí, la longitud, la latitud y la profundidad. Ved aquí, pues, definido el espacio de un modo análogo á la definicion misma de Dios, y que nosotros no podemos concebir de otra manera que por la reunion de las ideas de unidad y de triplicidad. Y nosotros no conocemos un sér que no se halle constituido por la unidad, que es su centro vital, y por la multiplicidad, que es su movimiento de va y viene, de modo que atacar la nocion de la Trinidad, es atacar la nocion misma de la vida en su esencia. ¿No estoy yo vivo? ¿No conoceis que hay unidad en mí como en vosotros? ¿No conoceis al mismo tiempo la multiplicidad, los nervios, las venas, la mano que palpita y que anhela asir? Quitad la multiplicidad, quitaréis el movimiento y no hay mas vida; quitad la unidad, quitais el resorte de donde procede el movimiento, y la vida se desvanece igualmente.

Ved aquí á pesar de eso vuestras objeciones, lo que oponéis hace diez y ocho siglos á la verdad, y todas,

sabedlo, todas se resuelven con esa deplorable facilidad. La llamo deplorable, porque es vergonzoso para el espíritu humano atacar á Dios de ese modo, y resistir á Jesucristo, á su Evangelio y á su Iglesia con tamañas imbecilidades. Bien conoceis, Señores, que no trato de pasar revista á todos nuestros dogmas: solo he querido demostraros cómo se hace la guerra entre la razon humana y la razon católica bajo este primer punto de vista. Paso á la separacion que se dice existe entre las dos razones.

Aquí la táctica es mas hábil: ved cómo se entiende la separacion de la razon humana y de la razon católica: voy á facilitaros la fórmula. En el último siglo escribia un sabio una historia de la formacion del globo; el sol, decia, despidió un dia, no sé por qué fuerza, una porcion de su materia que fué asida por otras fuerzas. Al enfriarse esta materia ignea, se convirtió en la tierra. Es verdad que Moisés refiere de otro modo la formacion del globo: nosotros no atacaremos su relato. La revelacion es sagrada, pero la ciencia tiene su dominio separado; son dos luces que deben respetarse circunscribiéndose á sus limites cada una de ellas.

Un médico decia: Estudiamos la anatomia del cuerpo humano; examinamos cómo procede la vida, el punto central donde comienza, y de donde se esparce; no hemos encontrado el sitio del alma, ni hemos reconocido su necesidad. La religion afirma su existencia, y esto basta; ella es de un orden sagrado; lo que nosotros decimos es de un orden profano; no se puede dañar á lo que está colocado á tanta altura.

Asi se procedia, no diré con hipocresia, sino con habilidad á la separacion de la razon humana y de la razon católica. ¿Y cuál era el objeto final de esta táctica tan respetuosa? Federico II, rey de Prusia, lo confiaba un dia á sus amigos con felicidad de expre-



sion : « ¿Sabeis lo que conviene hacer para acabar con la Iglesia católica? Conviene hacer de ella un buho... » Ya conocéis, Señores, esa ave solitaria y triste que se mantiene en un rincón con aspecto ceñudo.

Hé aquí el secreto: aislarnos de todo, de la política, de la moral, del sentimiento, de la ciencia; suspendernos entre el cielo y la tierra, sin ninguna especie de punto de apoyo, para decirnos con una rodilla en tierra: Vosotros teneis un Dios; ¿qué falta os hace lo demás?

Nosotros no aceptamos situación semejante; nos adherimos á todo, porque emanamos de Dios, que está en todo; nada nos es extraño, porque Dios no es extraño en ninguna parte. Oid al Evangelio apoyándose en el corazón del hombre: *De tal manera amó Dios al mundo, que dió por él su hijo unigénito* (1). Y oid á Bossuet cómo os facilita el comentario: Ahora que se me oponga todo lo que se quiera... (yo cito de esta memoria, que los grandes hombres crean siempre en el espíritu, aun cuando el bronce de su palabra no se grave allí). Cuando me objetarais que es imposible que un Dios se haya hecho hombre, porque vosotros no sois nada y Dios lo es todo, yo exclamaría: ¡Amó Dios tanto al mundo! Si me decís que es absurdo que Dios haya sido crucificado, yo os diré: ¡Amó Dios tanto al mundo! Y en efecto, si nosotros simples mortales podemos dar nuestra vida por aquello que amamos, ¿cómo Dios, que es el principio del amor, no habrá podido hacerse hombre á fin de morir por amor? ¡Amó Dios tanto al mundo! ¡Aquí está nuestra fuerza! ¡Aquí, Señores, en vuestra razón, en vuestros sentimientos, en el amor! La caridad que nosotros os predicamos, es amor. Se ama á Dios, como se ama á una criatura: el efecto no es el mismo

(1) S. Juan, cap. 3, vers. 16.

bajo el aspecto de los sentidos; pero no existen dos amores. La diferencia consiste en que el uno es pequeño, y se aplica á objetos limitados, mientras que el otro es grande, y se aplica á un objeto sin límites; el uno se dilata en lo finito, el otro en lo infinito. Dilataos, decia S. Pablo á los Corintios. La razón católica al presentaros sus dogmas nada os presenta de nuevo ni de extraño; ella abre vuestras entrañas y las engrandece; abre vuestro entendimiento y lo engrandece: ella se hace hombre para divinizaros.

Oid á S. Pablo: *No hay ya judío, ni griego; no hay ya siervo, ni libre; no hay ya hombres, ni mujeres* (1). ¿Dónde está la fuerza de esta frase, sino en el sentimiento de la fraternidad humana, pero de la fraternidad asentada sobre una nueva base, nuestra comunidad de sangre con Dios hecho hombre? Ved aquí lo que ha fundado sobre la tierra un política que no habia podido crear la razón humana. Vosotros habiais deshonrado al hombre con la desigualdad de la servidumbre; la razón católica, haciendo lo que no habiais podido hacer vosotros, ha elevado á la humanidad sin vosotros, y á pesar de vosotros, por una constitución que ha sido el principio de todas las vuestras, y que es todavía su único y verdadero apoyo.

Oid mas: *Yo no miento, decia S. Pablo, deseaba yo ser separado de Cristo por el anatema en favor de mis hermanos, que son mis deudos segun la carne, que son los israelitas, de los cuales es la adopción de los hijos, y la gloria, y la alianza, y la legislación, y el culto, y las promesas, cuyos padres son los patriarcas, de quienes desciende tambien Cristo segun la carne* (2). Así S. Pablo queria ser separado de Jesucristo, despues de haber dicho en otro pasaje: ¿Quién me separará

(1) Epist. á los Gálatas, cap. 3, vers. 28.

(2) Epist. á los Romanos, cap. 9, vers. 1 y sig.

del amor de Jesucristo? Ahora lo solicitaba: ¿y por quién? Por su patria, por sus deudos según la carne.

¡Ah! os esforzais por convertirnos en parias de la humanidad, vosotros á quienes hemos dado todos los sentimientos que han formado la humanidad! Proseguid, no adelantareis nada, no nos quitaréis ni la ciencia ni el amor, ni nada de lo que es el hombre. No se quita el genio á quien se quiere, no se quita la libertad á quien se quiere, no se quita la dignidad á quien se quiere, no se quita la patria á quien se quiere. Desterradnos si quereis, llevaremos en el destierro hasta las extremidades del mundo nuestro nombre y nuestro corazón de ciudadanos; allí os serviremos por nuestros sudores y nuestra sangre, y cuando un día enviéis vuestros embajadores á esas tierras remotas, allí encontrarán páginas escritas por nosotros para nuestra historia, páginas que les servirán de introductores.

Queda la cuestión de la subordinación. Señores, se nos dice que la razón humana tiene la supremacía, porque nosotros no podríamos asentar nuestra razón católica sin el socorro de la razón humana. Ante todo, se engañan: nosotros hemos establecido que al lado de la fuerza racional, y sobre ella, existía la fuerza mística suficiente para dar la certidumbre religiosa á la inmensa mayoría del género humano; mientras que la razón humana es incapaz de evadirse de la enfermedad de la duda, cuando no se encuentra asentada sobre la razón católica, que le sirve á la vez de sosten y de corona. Antes de reclamar la supremacía, antes de erigirse en rey, es forzoso tener súbditos. Yo busco los súbditos de la razón humana, los súbditos de la filosofía. ¿Dónde se encuentran? ¿Dónde están los súbditos de Platon, de Aristóteles, de Zenon, de Leibnitz, de Kant? ¡Desgraciada filosofía! ella engendra discípulos que, apenas nacidos de su

seno y habiendo recibido de ella las armas del espíritu, se vuelven contra sus maestros y constituyen nuevas escuelas sobre las ruinas de las escuelas de donde ellos han salido. Así les sucedió á los filósofos antiguos, así les sucede á los filósofos modernos. No teneis súbditos: ¿cómo habeis de tener soberanía ni supremacía! Y todavía teneis una desgracia mayor que la de no contar súbditos, y es la de no contar hijos. Oh filósofos, dominadores soberbios del espíritu humano, ¿dónde están vuestras ovejas, dónde están las almas que os aman con filial cariño? Yo soy joven todavía, y sin embargo, ya he visto muchas almas en la mia, y han resbalado sobre mis mejillas muchas lágrimas del alma, y he estrechado á muchos amigos espirituales en mi seno de cristiano y de religioso. Jesucristo nos lo habia prometido, cuando dijo: *Todo el que abandonare su casa, sus hermanos ó sus hermanas, ó sus padres, ó sus hijos, ó sus tierras por mí y por el Evangelio, encontrará casas, y hermanos y hermanas, y madres é hijos* (1). Oh filósofos que proclamais la supremacía de la razón humana sobre la razón católica, ¿dónde están vuestros hijos? ¿Dónde están las lágrimas enjugadas, las confesiones oídas, las mejoras de existencia, los consuelos emanados de vosotros? ¡Ah! aun cuando tuvierais súbditos, no teneis hijos; y donde falta la paternidad, ¿cómo ha de haber soberanía? Donde falta la soberanía, ¿cómo ha de haber supremacía?

(1) S. Marcos, cap. 10, vers. 29 y 30.